

¿HAY HORMIGA O NO HAY HORMIGA?

ERA LA PREGUNTA CON QUE PABLO NERUDA SALUDABA A DELIA DEL CARRIL, CONOCIDA COMO LA HORMIGUITA, CADA VEZ QUE ENTRABA A SU CASA MICHOACÁN DE LOS GUINDOS, EN LA REINA. LA CONSTRUCCIÓN, QUE LA PAREJA TRANSFORMÓ Y HABITÓ DURANTE SU MATRIMONIO –HOY SEDE DE LA FUNDACIÓN QUE LLEVA SU NOMBRE–, SE REVITALIZA PARA PONER EN VALOR LA VIDA Y OBRA DE LA ARTISTA CON UN RENOVADO MUSEO.

Texto, Paula Donoso Barros. Fotografías, Viviana Morales Robles.



DELIA DEL CARRIL
entró con más de 70 años al quehacer artístico, aunque estudió arte desde muy joven en París.

Fue la casa del mayordomo del antiguo Fundo los Guindos, construida a principios del siglo XX. Pero cuando la compró la pareja Neruda-Del Carril ya estaba inserta en un terreno de 5.000 m², en calle Lynch 164, La Reina.

Para Neruda fue su primera casa propia. Para Delia, la única.

La habían adquirido en 1941, dos años antes de casarse, mientras estaban en México. La reacondicionaron a la distancia,

abriéndole ventanas que llenaron de luz el living; el poeta creó muros de piedra y un altillo, donde escribiría más tarde *Odas Elementales* y el *Canto General*. Instaló chimeneas, libreros, empotró un mariposario con especies tropicales de azul intenso y un acuario con peces de colores. Sumó dormitorios para acoger amistades, protegidos, literatos, revolucionarios en peligro. La convirtieron en la casa de la solidaridad. Virginia Vidal, amiga de Delia y autora de *Hormiga pinta*

caballos, dice en su libro que “en el siglo XX no hubo otra mansión chilena que albergara personajes tan ilustres de la cultura universal”. Ricardo Boizard escribe en 1948 que en la pieza de alojados que Neruda construyó al lado de la taberna “ha estado en pijama toda América”.

En su casa, Delia del Carril fue dueña y señora. Segunda mujer de Neruda, era argentina, pequeña de estatura, de alta sociedad, cultura y belleza. Liberal de ideas, fue miembro del Partido

Comunista francés y estudiante de arte con André Lothe y Fernand Léger. Mujer de mundo que conoció al poeta en Madrid mientras él era cónsul, fue quien conectó a Neruda con Picasso, Blaise Cendrars, Paul Elouard y Le Corbusier, entre otros, su círculo desde los años 20, cuando llegó a París con su madre viuda y sus doce hermanos.

En 1935 Delia y Pablo se vieron por primera vez. Inseparables, se casaron en México en 1943, cuando ella tenía 50 años y él, 30.



EL COMEDOR

hecho por Aguadé y Tarragó. A un lado, el muro con mariposas, al otro estaba el acuario.

LA PIEZA

que compartió con Neruda. Sus cenizas están en un pequeño altar.

Ya en Chile, Lynch se convirtió en lugar de tertulias bajo el parrón. Funcionaba a ritmo nerudiano, incluso con un anfiteatro que todavía está al final del sitio, para cantar, actuar y declamar con los amigos. Dicen que allí cantó Violeta Parra por primera vez en público. Delia, a quien ya conocían como La Hormigueta, por la intensidad del trabajo que ponía a todas sus causas –entre ellas, organizar la venida del “Winnipeg” mano a mano con Neruda–, se hacía notar. Con su lema “todo debe ser demasiado”, ponía su ímpetu en cada cosa que hacía. Él escribía y ella leía sus textos, revisaba y corregía. Mientras en las fiestas alguien tocaba piano, otro cantaba y todos hablaban, ella tomaba su pisco *sour* y disfrutaba de la comida que “le parecía un milagro, sin enterarse jamás de dónde salía”, según relata Fernando Sáez en su biografía de Delia, *Todo debe ser demasiado*. La servían en la mesa de una sola pieza en madera de olivo, construida por Aguadé y Tarragó, los catalanes llegados en el “Winnipeg” y fundadores de Muebles Sur; lo mismo



NERUDA
creó los muros de
piedra de la galería
y les dio luz con
ventanales enor-
mes. La escultura
es Delia, hecha por
Samuel Román.

LA BIBLIOTECA,
junto a la subida al
altillo. Varias
donaciones impor-
tantes esperan ser
catalogadas.



que el sofá y los sillones con cuero de vaca que estaban en la galería. Todo se celebraba entre el colorido de flores mexicanas de papel puestas en vasijas de greda, muchas de Quinchamáli, algunas todavía guardadas.

El poeta dejó la casa en 1954, enamorado de Matilde Urrutia. Apenas se enteró Delia del romance, le pidió a su marido que se fuera y a los amigos que habían encubierto la relación, que no volvieran. Neruda dejó las mariposas, pero se llevó la colección de caracolas que tenía en el altillo y ahí están las vitrinas vacías. Ella no volvió a subir. Su rutina se concentró en su pieza, la

sala y su taller, que reemplazó a la taberna nerudiana.

Viajó a Argentina y luego a París, donde se dedicó al grabado en el taller de Stanley William Hayter, pero su hogar estaba en calle Lynch. De regreso, fue allí donde celebró el triunfo de Allende y donde se enteró de la muerte de Neruda, en 1973. Dicen que sus amigos la encontraron en su cama llorando y preguntándose si alguna vez él la había querido.

Como artista, fue parte del Taller 99, invitada por su amigo Nemesio Antúnez. Produjo sus obras sin cansancio. Sus caballos se hicieron cada vez más
sigue...



SOBRE EL PIANO,
una calavera de
caballo que Delia
recibió de regalo.
Un amigo le hizo su
primera silla de
ruedas.

LA CASA CAMBIÓ
su fisonomía rural
con las interven-
ciones de Neruda.
El terremoto del
85 le provocó
daños serios de los
que le ha costado
recuperarse.

grandes, casi humanos en sus expresiones. Ocupó con intensidad los blancos y negros. Y, como siempre, siguió ajena a lo doméstico. Del parque que rodeaba la casa –hoy un gran sitio que se arrienda para eventos culturales y comunales–, apenas sabía. Salvo de sus colores en otoño y del olor de rosas y frutas.

Se establecieron los almuerzos de los sábados con compañeros del Taller 99, quienes se transformaron en su familia y se hicieron cargo de sus remedios, sus alimentos y de mantener la casa. “En tiempos malos económicamente, incluso vendían las paltas del mismo jardín para pagar sus gastos”, cuenta Nelly Carrasco, directora ejecutiva de la Fundación Delia del Carril. Cuando murió, el 26 de julio de 1989 y a dos meses de cumplir 105, llevaba varios años en su silla de ruedas y con la mente ida.

La mítica casa que había caído en el abandono apenas sobrevivió. En 1997, la Corporación Delia del Carril buscó su rescate. Repararon estructuras y techos con la ayuda voluntaria de arquitectos y estudiantes y con el aporte de sus amigos. Desde entonces ha



funcionado como casa museo y centro cultural y social de La Reina –como dejó dicho Delia en su testamento–, siempre a media máquina.

Hoy, con el museo cerrado hasta su restauración, las perspectivas son positivas para la actual Fundación Delia del Carril, gracias al Fondart regional recién ganado y que entra en ejecución en marzo de 2019.

–Nos permitirá poner en valor lo que hay en la casa. Restaurar pertenencias, vestuario, obras, adornos. Crear un espacio donde mantener y exhibir sus planchas de cobre y sus trabajos –dice Nelly Carrasco.

Y hacer una campaña para recobrar gran parte de la obra que anda por ahí.

–Es una casa llena de historias, el desafío es recuperarlas –agrega. Y resaltar con ellas la imagen de Delia. “Porque la Hormiga, junto con sus obras, tiene un mundo social y político que mostrar; su postura decidida frente a los hechos que estremecían al mundo en ese momento. Además, ella no es ‘la segunda mujer de Neruda’, es quien le facilita el camino al éxito”. VD